

SOBRE EL AUTOR DE "VIÑETAS Y OTROS POEMAS"

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Cierto escepticismo de fina ley, asociado a una modestia señorial, son los responsables de que el país no conozca, en toda su dimensión, la obra, el espíritu y la significación humana de Donaldo Bossa Herazo. Pertenece él —por disciplina y por temperamento— a una estirpe de poetas eruditos cuyo ejemplo máximo podría ser entre nosotros Guillermo Valencia. Forzosamente ha tenido que ser la conversación, vehículo socrático por excelencia, la más victoriosa y festejada propiedad de Bossa Herazo. Es con ella con la que —todo agudeza, mesurada ironía, delicado y oportuno sentido de los matices— ha ido comunicando, en amistoso círculo, su tenso mirar, su larga y fecunda amistad con los libros, su curiosidad impenitente, el esplendor de sus sentidos en gozoso ejercicio de cultura. Donaldo es de los poquísimos espíritus que saben ver y capturar. En esto es definitivamente certero: lo que siente lo adquiere. De allí la frescura y vitalidad de las piezas cobradas. Hablar con él es, por ello mismo, una gimnasia mental de primer orden. Pero esa vigilia suya, de puro sabia, no se deja sentir. Su natural es de un risueño estoicismo. En esto —en enlucir toda servidumbre existencial con una gema de caridad o de humor— radica la cortesía de su alma.

En el centro de tan vasta comarca intelectual, nutriéndose de su limo y sombreándola con tembloroso ramaje, está su poesía. Una de las más vigorosas, extrañas y personales que han brotado en Colombia. Es una vegetación que alarga sus raíces hasta la propia linfa del clasicismo español. Muchos de sus sonetos (el de "A Contraluz y Contrapelo", por ejemplo) parecen aspirar el aire senequista levitados por el ángel de Góngora y el duende de Quevedo. En otros (como el soneto a la Capilla de Santo Domingo de Guzmán) nos es dado revivir, en un viaje de catorce versos, todo el purgatorio de diamante y azufre, de suspiro transformado en llama, del barroco español.

Y está el mar. Padecido, contemplado y soñado. Ese mar de Donaldo tan vivo y luminoso, tan ebrio de silencio, de ictiológico olor, de dimensión y de música. El poeta ha trasladado, en gotas verbales de una irización milagrosa, los rumorosos mediodías, las abejas de eternidad que zumban entre la espuma, el delicado vello de múrice que abriga la piel de las olas. Y está este otro mar oscuro, sacudido por una lujuria sinfónica, mar interior donde navega, en busca de puertos enigmáticos y playas de sal-

vacación, un quimérico Odiseo. Y el mar inmediato, el familiar, el de las islas del coco con sus cayuquitos de betún y sus velas remendadas!

Y está esa poesía de tierra adentro de Donaldo. Con sus pueblitos polvorientos y sus caballos, delgados en el aire, trotando en una atmósfera que tiene el color del vino en una copa de vidrio alzada con alegría. Poesía con rostros entre los naranjos y muchachas aldeanas que, en las fiestas patronales, regalan senderos y montañas con solo mirar al transeúnte. Y está por último, en este mundo poético de Donaldo Bossa Herazo, la Cartagena verdadera. La recóndita y apretada. La que tiene epidermis de piedra y corazón de agua. La de balcones enanos y patios donde el sol se hiere a sí mismo con espadas de cal.

Después, en un peregrinaje ideal por tan rica topografía del espíritu, seguirían aquellos jardines semánticos de Donaldo donde brotan, al amparo de los cipreses latinos a los alberchigueros moriscos, los más hechizantes y desconocidos vocablos. O el heráldico solar donde, con un simple ademán evocativo, miramos desfilar los mejores apellidos del idioma con sus pendones desplegados. O su pasión caldea por las estrellas. O el orden y la justicia conceptual con que aprisiona, con finas pinzas analíticas, uno cualquiera de los dorados instantes en que la pintura ha glorificado el mundo. Mucho de todo esto, al igual que su fervor por la historia, ha quedado, como al desgaire, en su prosa directa, sentenciosa y esquemática.

Este podría ser, a grandes rasgos, un bosquejo de ese señor —corpulento y pausado, de grave estatura y munífica frente— que algunas veces tienen los cartageneros el orgullo regional de ver transitando por sus calles.

A LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO EN LA IGLESIA DE
SANTO DOMINGO DE GUZMAN

(Puebla de los Angeles, México).

*Insólita columna cristalina,
radiante resplandor de meteoro,
bosque de filigrana, alud de oro,
pórtico del Edén, celeste mina.*

*Cual una llamarada repentina
baja la luz del invisible coro,
y aterciopela el fúlgido tesoro,
profunda transparencia submarina.*

*No hay en el mundo par de este recinto,
hoguera del barroco ardiente y pura,
alto crisol, resuelto laberinto,*

*lámpara teologal, asignatura
de no soñado capitel ni plinto...
Pascua florida de la arquitectura.*

PALMA EN LA ORILLA DEL MAR

*Esta palma de la orilla del mar,
si hay viento es una loca de atar.*

*Y si el mar está en calma,
la palma es como un alma,
extática ante el mar.*

A UNOS BOTES VARADOS EN LA PLAYA

*Estáis inmóviles ahora,
negros donceles de la mar.
Rueda la sombra constelada
sobre la arena de cristal.
El viento pulsa finos arcos
en mil violines de coral,
y del deleite de otros días,
ya solo queda el recordar.*

*Sustancia bíblica y tremenda
quema mis labios, de verdad,
mientras os veo, agonizantes
por hambre y sed de inmensidad,
y como yo, crucificados,
en una playa de ansiedad.*

HUELLA EN LA PLAYA

*En el cóncavo huevo de tu huella
ha penetrado el líquido elemento,
y el resplandor divino de la estrella
plateó su fondo. Así, solo un momento.*

BODEGON DEL PARGO ROJO

A Pierre Daguet

*Más rojo aún que nunca, el pargo rojo
eclipsa al velocísimo jurel,
en cuyo nacarado y muerto ojo
se apaga un mundo submarino y fiel.*

*En el rosado caracol de tierna
madre, la ostra se instaló de paso,
y el traje de baño de la cherna
está manchado por un gran brochazo,*

ROSAL AL ATARDECER, EN EL PARQUE

*La tarde el luto de la noche anula.
La rosa muere abierta, esplendorosa.
Y la luz infinita se coagula
en la tarde lo mismo que en la rosa.*

UN PRELADO ITALIANO

Oleo sienés del cuatrocientos.

*La mitra, de matiz lila fulgente
y litúrgicas gemas florecida,
luce sobre la testa encanecida
esplendores lejanos de poniente.*

*Ilusoria y beatífica, la frente
en la tela brumosa y desteñida,
a modo de una lámpara encendida
ilumina la faz, desfalleciente.*

*Una esmeralda lívida, severa,
agoniza en la mano inmaculada
que sostiene, monástica y austera*

*el báculo de plata cincelada...
La otra mano parece que estuviera
en la cruz pectoral crucificada.*

EL JARRO

A mi hermano.

*Desde el Japón remoto, nacido de su arena,
este jarro de loza imponente y pesado,
tal vez de algún modelo de Sajonia copiado,
en viaje fabuloso vino a nuestra alacena.*

*De profundos aljibes donde la voz resuena,
el agua de los cielos, gozosa, lo ha colmado;
nuestra madre también dentro de él ha endulzado
refrescos de guanábana, tamarindo y avena.*

*Y Gregoria, Belén, Catalina, María,
con sus manos honradas escanciaron un día
sobre nuestros anhelos toda aquella fragancia...*

*A su noble estructura he acercado el oído,
escuchando que lago semejante a un latido,
resucita en sus ecos el rumor de la infancia.*

RETRATO A CONTRALUZ Y CONTRAPELO

*Tú, mar rojo, cercanas lejanías,
polvo líquido, secos manantiales,
pez volador, incólumes cristales,
arpa muda, calladas melodías.*

*Días que son noches: noches, días;
palabras reprimidas y abisales,
torre inclinada, cielos infernales,
fríos abrasadores, brasas frías.*

*Silencios elocuentes por lo duros,
sías igual a noes, noes a sías,
ni corazón ni pensamiento puros,*

*despego y ganas de maravedíes,
debilidad de golpes, mas seguros;
placer si lloras y dolor si ríes.*

